

HARO
TEGLEN**UNA CATASTROFE AMERICANA**

Los acontecimientos se precipitan en los Estados Unidos. El balazo contra Martin Lutero King sucede con unos días de intervalo a la insólita decisión del Presidente en ejercicio, de Lyndon Johnson, de retirarse de un poder que ha sido el único móvil de su vida. A la fuga de Johnson continúa una serie de la que ya había síntomas menores —destitución de McNamara, destitución de Westmoreland— cuyo fondo es la frustración terrible de la aventura Imperial de Asia, el desastre militar —y el impacto económico— de la guerra de Vietnam. El disparo contra el pacifista negro es un eco de otro disparo lejano, de un disparo hecho en Dallas en 1963 contra el Presidente Kennedy. Kennedy era un político, un jugador hábil e inteligente, que realizaba, o trataba de realizar, el sistema de una política de paz. King era un místico, un iluminado de la no violencia, un personaje actual de una larga línea en la que podíamos encontrar —sin apurar las comparaciones, sin entrar en metafísicas— a Jesús y a Gandhi: en ellos el pastor Lutero King encontraba —y lo repetía— sus maestros. Los dos, ahora los tres, fueron asesinados. Ninguno de aquellos crímenes pasó sin modificar profundamente el contexto en que se produjo el suceso.

Los Estados Unidos no son ya los mismos desde el asesinato de Lutero King. El gran tema que dominaba su política hasta ese momento, o sea, la forma de salir de la trampa vietnamita, ha sido pospuesto. Johnson ha interrumpido su viaje a Honolulu. Hay una efervescencia de guerra civil. Está el ejército en las calles. ¿Era esto lo que se proponía el asesino de Memphis? ¿Era una provocación para precipitar este estado de guerra civil en la que, teóricamente, los veinte millones de negros, apenas armados, deberían ser reducidos y acallados por el inmenso despliegue de lo que se llaman «las fuerzas del orden»? Ciertamente, la rápida versión oficial establece la tesis, ya clásica, del asesino solitario. «El asesino no tenía cómplices» ha dicho, con curiosa perspicacia y rapidez de investigación, Fran Holloman, jefe de la policía de Memphis. Otra vez un antiguo eco resuena en estas palabras: el de la voz del jefe de policía de Dallas cuando, asesinado Oswald, al que se acusaba del asesinato de Kennedy, dijo: «El asunto ha terminado». Estos asuntos no terminan cuando quieren los poderes, cuando lo dicen los jefes de policía.

Estos acontecimientos que se precipitan, esta situación donde un «climax» atropella a otro, es una situación única. Un «continuum». Un solo y mismo tapiz. Del asesinato de Kennedy al asesinato de King, de la escalada de Vietnam a la fuga de Johnson, de la economía forzada y la crisis del dólar a la destrucción de las esperanzas de los humildes, del repliegue sobre sí mismos de los mecanismos políticos para impermeabilizarse a la fuerza de la opinión pública a la radicalización de ésta en forma de manifestaciones y protestas airadas, no hay solución de continuidad. Forman un todo histórico. Forman la fisonomía deshecha, destrozada, de una nación. Se estaba hablando ya desde hace años, y cada vez con más insistencia, de la crisis de Estados Unidos. Hoy, la palabra crisis aparece como largamente sobrepasada. Se puede empezar a hablar de catástrofe.

La catástrofe americana ha sido, y está siendo, la de una esclerosis de las clases dirigentes, la de una falta de plasticidad para acomodarse a los cambios profundos de la estructura mundial que ellos mismos han contribuido a realizar. La era de la hegemonía europea caducó por la esclerotización de las clases conservadoras. Otros asesinatos como el de Martin Lutero King —el de Jaurès o el de Rosa Luxemburgo— fueron un preludio de esa reacción de defensa que apela al crimen. No bastaron; hubo que llegar a los asesinatos masivos, a los asesinatos contados por millones, y no me refiero sólo a los de la Alemania nazi. Stalin, por un mismo mecanismo conservador, comenzó por unas cuantas «desapariciones» de enemigos y terminó por las grandes «purgas» depurativas. Frente a esta larga esclerotización europea, los Estados Unidos ofrecieron una dinámica nueva. Una fertilidad en la invención, una cierta

rotura de moldes místicos, una permeabilización de las clases sociales, una fluidez del dinero. Como melting pot, como lugar donde una diversificación de culturas transportadas por los emigrantes, la tierra de América ofreció todas las posibilidades de apertura. Ciertamente, este supuesto paraíso estaba mediatizado por otros elementos negativos: la creación del dinero como valor moral, la agresividad nacida de la colonización, la falta de freno imperial, la noción del «struggle for life» —la lucha por la vida— y, finalmente, los extremos del gangsterismo, de la corrupción de la autoridad; puede decir que todo ello condujo a una estratificación muy similar a la de la Europa del final de la hegemonía y a un enfrentamiento de dos Américas. La América de los textos, de los idealistas, de los nuevos Pericles y la ciega América del oro, de la guerra, de la expansión mundial, del dominio racial. El poder correspondió a esta última. Estamos asistiendo, hoy más que nunca, a un enfrentamiento de estas dos Américas. Las aberraciones somáticas no sirven ya. Han dejado de servir en los años que llevamos de esta década. No sirve ya apoyarse en textos de libertad para agredir la libertad de los demás, no sirve legislar la igualdad de razas para contener y aplacar a la raza inferiorizada. Las palabras han dejado de servir.

John Fitzgerald Kennedy trató de trabajar dentro del sistema; Martin Lutero King ha tratado de trabajar dentro del sistema. Los dos han sido asesinados en un plazo de cinco años. Es inútil crear la imagen de un asesino patológico, inestable y de dudoso perfil político para dibujar al asesino de Kennedy, o buscar un joven rubio, elegante y con un coche último modelo para identificar al de King. Son simples detalles de un suceso, de interés vagamente policíaco. Las balas vienen de más lejos. Vienen de un sistema. Como la de Jaurès o la de Rosa Luxemburgo.

Es inútil buscar en el cerebro o en el sentido moral del Presidente Johnson la decisión de retirarse de la política y de buscar para su «happy end» histórico y para la perpetuación en el poder de su partido una paz en Vietnam. La decisión viene de lejos. La decisión viene de unas batallas perdidas en Saigón, en Hué, en Khe Sanh; de unas batallas perdidas en Wall Street, en la City, en los mercados del oro de París y de Zurich. A Johnson se le ha quitado de en medio con menos dramatismo, felizmente —para él—, que a Kennedy o a Lutero King. No es útil para el sistema. Pero el sistema, a su vez, está en crisis. A pesar de sus órdenes, los aviones de bombardeo están llegando de nuevo a cincuenta kilómetros de Hanoi, y la supuesta suspensión se ha convertido en una superchería. ¿Una trampa de Johnson? ¿Pero es que Johnson ha gobernado alguna vez en América? ¿Es que hoy gobierna alguien en América? ¿Es que la esclerosis del sistema es tan grave que no puede decidir siquiera lo que le conviene? Las interrogantes pueden seguir. Puede uno preguntarse licitamente si el joven Kennedy, que avanza como un meteoro —¡con qué prisa se ofreció a prestar su avión particular a la viuda de Martin Lutero King!— puede ofrecer algo más que una incrustación en el sistema, algo más que la busca aparental, y no profunda, de unos sistemas de renovación de la democracia externa, epitelial. Puede uno preguntarse si el «candidato pobre», Eugene McCarthy, va a poder continuar su escala de popularidad o si la cortará de pronto un balazo, una compra, una repudiación de su propio partido.

Puede uno preguntarse, en fin, qué puede pasar en Estados Unidos de aquí a las convenciones de agosto, de aquí a las elecciones de noviembre. La precipitación de los acontecimientos produce vértigo. Una comparación histórica es posible: la de la Francia de los últimos días de la guerra de Argelia. La astucia, la rudeza política de De Gaulle logró restaurar el sistema cuando la guerra civil estaba a punto —llegó a armarse al pueblo, llegó desde el gobierno a pedir la huelga general y la ocupación de los aeropuertos en los que podían aparecer los militares sublevados de Argelia—; la situación de Estados Unidos ofrece ahora rasgos muy similares. Con la agravante de la terrible agitación racial recreada por el crimen de Memphis. Y con la trascendencia de una capacidad imperial que la sostiene aún como hegemónica en occidente.